

COMBÈS, Isabelle y MONTANI, Rodrigo, *Tres ensayos de historia weenhayek / wichí*, Cochabamba, Itinerarios, 2023, 268 pp. Colección Scripta Autochtona, 29.

A partir de tres ensayos que forman parte de un extenso trabajo etnográfico y de archivo, Rodrigo Montani e Isabelle Combès convergen en este volumen para reflexionar acerca de distintos temas de antropología e historia referidos al pueblo indígena conocido en Bolivia como «weenhayek» y en Argentina como «wichí». Los weenhayek o wichí habitan el sector semiárido del Chaco Central Sudamericano comprendido entre el sur del río Pilcomayo y el sur del Bermejo. A pesar del hecho de compartir una serie de rasgos lingüísticos, históricos y socioculturales por el dinamismo demográfico que los caracteriza, los límites étnicos de estos grupos no han sido siempre sencillos de identificar, siendo de hecho actualmente reconocidos como dos pueblos diferentes.

En el primer ensayo los autores presentan una revisión actualizada de los debates sobre la etnonimia en estos grupos. Los weenhayek / wichí se organizan en un extenso entramado de redes de parentesco bilateral que fluctúan de acuerdo con las condiciones sociales de cada momento histórico. Montani y Combès han relevado al menos 130 nombres registrados en la literatura etnográfica —en particular en los trabajos de Alvarsson, Braunstein, Montani, Palmer, Pérez Diez y Viñas Urquiza— que dan cuenta de la movilidad demográfica de estos grupos, lo cual complejiza a su vez el análisis etnónimo. De hecho, la determinación de las unidades sociales a las que corresponden los nombres recopilados es una cuestión variable que no solo se refleja en su situación actual sino también en las fuentes históricas. Esto pone sobre la mesa, inevitablemente, la discusión sobre la aplicación de criterios clásicos de identificación a través del tiempo de unidades sociales tales como «nación», «pueblo», «tribu» o «parcialidad» (p. 17). Como explican los autores, estos etnónimos poseen una función subjetiva y gentilicia: mientras que la identificación subjetiva es individual y puede cambiar con el tiempo, la gentilicia actúa sobre la clasificación de grupos sociales donde acaban las fronteras del reconocimiento genealógico; o bien, en otras palabras, operan para nombrar a individuos a quienes no es posible referir utilizando un término de parentesco. Los autores también sistematizan y describen algunos criterios etnónimos generales que contribuyen a comprender más claramente la dinámica weenhayek / wichí: el ecológico —*tayhi-lheley* «montaraces» y *tewok-lheley* «ribereños»— y el topológico —*phäm-lheley* «arribeños» y *chäm-lheley* «abajeros»— (p. 21). Igualmente, incluyen algunos topónimos que funcionan con valor gentilicio, como, por ejemplo: *kalehi-lheley* «baldenses», gentilicio de la localidad de Los Baldes (p. 21).

Los autores proponen luego una revisión de los antiguos etnónimos vinculados con la historia de este pueblo: por ejemplo «matagua» / «mataguay», «matacos»,

«noctenes» y «weenahyek» / «güisnay» y «wichí». El primero no tendría ningún significado en su lengua actual, proponiendo un posible origen quechua: *mata* «sar-na», *mata-wasa* «sarnoso». Incluso podría haber sido un término genérico y despectivo, con lo cual, si esto fuera cierto, no todos los grupos registrados en las fuentes bajo ese nombre tendrían efectivamente una conexión con los actuales weenhayek / wichí. Podría tratarse, entonces, de una categoría histórica sin un valor étnico definido. En el caso de «matacos», si bien la etimología resulta incierta, varios autores arriesgan como hipótesis que el término provendría del quechua *mat'aq* «descuartizador» (p. 34), o bien de un vocablo afianzado con anterioridad en el castellano regional (p. 34). Para los autores, sin embargo, lo más probable es que se trate de una apócope de «mataguay». Por otra parte, acerca del etnónimo «noctenes», que comienza a identificarse a partir del siglo XIX y se aplica casi exclusivamente a los habitantes de la región del alto Pilcomayo, proponen que se trata de un etnónimo de origen chorote adoptado luego por los chiriguano. Por último, explican que «weenhayek» / «güisnai» habría surgido como una expresión de tipo calificativa que adquirió posteriormente un valor gentilicio, mientras que «wichí» significa «persona» o «gente» en la lengua hablada por estas poblaciones hoy en día (p. 48).

Dejando ya de lado, aunque no por completo, la cuestión etnómica, el segundo texto es un ensayo histórico en el que se estudia la presencia de grupos «mataguayos» y «matacos» —como ya vimos emparentados etnohistóricamente con los actuales wichí y weenhayek— en el piedemonte andino en la época colonial, a partir de registros que sitúan su presencia en distintas misiones franciscanas puntualmente entre fines del siglo XVII e inicios del XIX. Para ello, los autores relevan principalmente referencias a estos grupos en las reducciones de los valles de Salinas y del Zenta. Al respecto, explican que, mientras que en Salinas estos grupos son representados como «obedientes», «trabajadores», «bien vestidos», «no toman muchas bebidas alcohólicas» (p. 63) y «daban algunas señales de ser cristianos» (p. 64), en Zenta aparecen descritos por el contrario con términos como «salvaje apático», «desobediente», «flojo» (p. 64). Por otro lado, también advierten, mediante una revisión exhaustiva de los registros misionales, que en Salinas una gran parte de ellos llevaban apellidos españoles, pero en Zenta se identificaban mayormente con apellidos indígenas. Existe, entonces, la posibilidad de que los grupos de Salinas hubieran atravesado ya para ese momento un proceso de mestizaje con poblaciones andinas, chiriguano-guaraní o criollas. Estas referencias permiten confirmar algo ya adelantado por Richard Hunt, Alfred Métraux y John Palmer: la presencia incontestable en la época colonial de estas poblaciones vinculadas históricamente con los weenhayek / wichí en la región comprendida entre los ríos Pilcomayo y Bermejo. Esto, por otro lado, no solo permite convalidar aquella hipótesis sino también sacar de la oscuridad en las fuentes a estos pueblos cuya presencia en las misiones fue largamente solapada por los chiriguano.

Profundizando un poco más la experiencia misional, la compilación finaliza con un escrito de Isabelle Combès en el que recupera la experiencia nocten —otro grupo vinculado etnohistóricamente con los weenhayek / wichí actuales, como se mencionó algunas líneas

más arriba— de las misiones franciscanas entre 1860 y 1905. En particular, toma el caso de la misión San Antonio de Padua, fundada a orillas del río Pilcomayo y cuya trayectoria arroja datos sobre el pasado del grupo durante un período de cuatro décadas. Estos datos están complementados con más de 50 documentos de tipo histórico y fotografías del franciscano italiano Doroteo Giannecchini y el ingeniero francés Jean-Baptiste Vaudry.

En 1860, los franciscanos fundan un núcleo misional en San Francisco Solano entre noctenes y tobas, pero dos años más tarde la vida del poblado se ve seriamente afectada por las malas cosechas y la hambruna, dispersándose la mayor parte de sus habitantes, y todo ello agravado por los ataques chiriguanos. En este contexto, llega a la zona el franciscano Giuseppe Gianelli y funda en 1863 la misión de San Antonio de Padua con población mayormente de origen nocten de las inmediaciones del fortín Bella Esperanza. La misión sufrió nuevamente ataques de los tobas y el terreno no era lo suficientemente fértil para la agricultura. Los noctenes, por otro lado, continuaban negándose a adoptar prácticas cristianas como el bautismo.

Sumado a los rumores de un motín por parte de los soldados que ocupaban aquel fortín, todo esto obliga al misionero a trasladar la misión río arriba y refundarla en Peña Colorada. Aun así, la situación no mejora y los religiosos comienzan a observar un constante recambio en los neófitos. Esto se complica debido a una fuga masiva de tobas de la misión San Francisco en 1873 y con el estallido de la revuelta chiriguana de 1874. Frente a este panorama, San Antonio se transforma en una de las misiones más vulnerables a los ataques de distintos grupos indígenas. A fin de no abandonar la misión, que ocupa un lugar estratégico en la ruta entre Bolivia y Argentina, los franciscanos optan por incorporar chiriguanos. Pero los conflictos interétnicos entre noctenes, tobas y chiriguanos tensionan el clima de la misión y, en 1879, los franciscanos deciden abandonarla. Entonces, hasta 1884, pocas son las noticias sobre los noctenes. Sin embargo, ese mismo año estos regresan masivamente a San Antonio y los religiosos deciden reinaugurar la misión entre los noctenes, nuevamente sin éxito, ya que, de acuerdo con los registros, hacia 1905 solamente parecen quedar allí neófitos chiriguanos. A pesar del devenir sinuoso de esta reducción, sus cuarenta años de duración nos ofrecen datos relevantes para el conocimiento de los noctenes, y en particular de las relaciones con otros grupos indígenas y no indígenas de la zona.

En suma, estos ensayos componen distintas piezas del rompecabezas de la historia mucho más extensa, dinámica y compleja de aquellos grupos que hoy en día se reconocen mayormente como «weenhayek» en Bolivia y «wichí» en Argentina. El conjunto de estos textos, a pesar de la posibilidad de que cada uno de ellos pueda ser abordado individualmente, apela a tópicos comunes que permiten echar luz sobre el devenir de los weenhayek / wichí, en vistas de los innegables lazos históricos, culturales y lingüísticos que mantienen entre sí, e incluso a pesar de la existencia de las fronteras nacionales. No solo ello: también aporta información imprescindible para comprender, desde un punto de vista más general, el Chaco y su diversidad étnica.

María Agustina MORANDO  
CONICET - Pontificia Universidad Católica Argentina